

LA DIGNIDAD CREATURAL DE LA PERSONA. DOCTRINA EN SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

María Jesús Soto-Bruna*

1. LA CRIATURA EN LA PALABRA CREADORA

A partir de la lectura y el estudio de los escritos y las enseñanzas de San Josemaría pueden sentarse las bases de una antropología metafísico-teológica que devuelva al hombre de hoy la conciencia de su dignidad como persona; dignidad que solamente puede argumentarse a partir de una metafísica de la creación por parte de un Dios personal, que ha llamado y amado a la criatura desde la eternidad. La elección que Dios que realiza al crear es entendida aquí como un especial mirar de Dios a la creación toda, pero al hombre de un modo particular, pues en esa elección se incluye su constitución de dependencia filial.

La idea anterior ha inspirado la predicación de San Josemaría Escrivá de Balaguer desde 1928, fundamentalmente desde los dos puntos focales que orientan su doctrina: la filiación divina¹ y la llamada universal a la

* Universidad de Navarra.

¹ «La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei», *Es Cristo que pasa*, 64. Sobre el sentido de la filiación divina en San Josemaría se han publicado varias obras, entre las que cabe destacar las siguientes: F. OCÁRIZ – I. DE CELAYA, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el beato Josemaría*, Eunsa, Pamplona 1993; F. FERNÁNDEZ CARVAJAL – P. BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el beato Josemaría*, Rialp, Madrid 1995 (2ª ed.). Es preciso señalar asimismo el siguiente artículo, de gran profundidad teológica: J. BURGGRAF, *El sentido de la filiación divina*, en: M. BELDA – J. ESCUDERO – J.L. ILLANES – P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*. (Actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá. Roma 12-14 de octubre de 1993), Pamplona 1996, pp. 109-128.

santidad en la vida corriente y ordinaria²; donde el punto de partida es el reconocimiento de la propia dependencia de un Dios personal, que es Padre de todos los hombres: «El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima»³. Verdad esta que indica que tanto el origen como el destino final del ser humano se hallan transidos de eternidad, cobrando entonces un relieve inusitado el horizonte temporal: pues procede de Dios y a Dios se ordena. Como se ha escrito: «Si buscamos una comprensión honda, radical y realista de nuestra vida, antes que nada hemos de levantar nuestra vista hacia el Cielo, porque sólo en Dios, en su designio global sobre la historia nuestra, podemos encontrar el *porqué* y el *para qué* de la existencia. No sólo porque somos criaturas, sino porque, además, ‘hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo’»⁴. Y ha recordado asimismo el Concilio Vaticano II en el n. 19 de la Constitución *Gaudium et spes*: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios».

Esa invitación al diálogo con Dios, a ser interlocutor del Absoluto implica, ciertamente, la libre y personal respuesta de la criatura humana, pero es preciso subrayar que su basamento metafísico-teológico se halla en la eternidad misma divina en la que la creación es vista intelectual y amorosamente ya en la misma Palabra creadora. Un texto de Tomás de Aquino servirá para expresar que el fundamento del ser creado se halla en su origen y destino en la eternidad de Dios donde se funda asimismo la dignidad misma de la persona: «El Verbo de Dios es perfectísimo. Porque nosotros no podemos expresar con un solo verbo todas las cosas que están en nuestra alma, y por ello son necesarios muchos verbos

² «Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor. De todos, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición personal, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo», *Es Cristo que pasa*, 100.

³ *Amigos de Dios*, 26.

⁴ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Monseñor Escrivá de Balaguer*, en: “Scripta Theologica” 13 (1981/2-3) 517-518. Cfr. El reciente estudio: E. BURKHART – J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría*, vol. II, Rialp, Madrid 2011 (2ª ed.), pp. 19-161.

imperfectos, por los cuales expresamos separadamente todas las cosas que pertenecen a nuestra ciencia. Pero en Dios no es así. Pues se entiende a sí mismo y a cualquier otra cosa por su esencia y en un único acto; así pues. El único Verbo divino es expresivo de todo lo que es en Dios, no sólo del Padre, sino también de las criaturas»⁵. El texto de Tomás de Aquino recién citado –como muchos otros paralelos en su obra teológica– enseña cómo la verdad de la criatura se halla en su dimensión eterna, en la Palabra creadora, que ha inteligido y amado a la persona desde la eternidad.

Siguiendo entonces una larga tradición espiritual, que alcanza su culmen –en el medievo– en Tomás de Aquino, San Josemaría Escrivá de Balaguer ha subrayado, de un modo original, esto es, desde su carisma fundacional, en nuestros días la peculiar dignidad de la persona, en tanto que objeto de un designio eterno, sapiente y personal, por parte de Dios creador; extrayendo de ahí el panorama que configura la verdad y la finalidad del ser y del hacer del ser humano en este mundo⁶. Puede por ello sostenerse que ha puesto las bases para una renovada antropología metafísico-teológica sobre la verdad y la dignidad de la persona humana.

Dentro de ese contexto cristiano, la enseñanza de San Josemaría sobre la dignidad personal se enmarca especialmente en la consideración de la condición filial de la persona; y se afirma como rasgo del carácter del ser humano que se conoce a sí mismo como hijo de Dios⁷. En San Josemaría, esta conciencia de la filiación divina se despliega asimismo como virtud vivida, impregnando su propio modo de ser y de actuar. De ahí que se haya escrito con respecto a su figura lo siguiente: «En todas las circunstancias, sus enseñanzas tenían un tono positivo, alentador, reconfortante. Hablaba poco de los vicios, porque prefería ensalzar las virtudes, hacerlas amables y atractivas. Movía a la confianza, a la

⁵ TOMÁS DE AQUINO, *De differentia verbi divini et humani*, n. 292; para el tema resulta esencial la *Cuestión Cuarta* de las *Cuestiones disputadas sobre la verdad*, cfr. M.J. SOTO-BRUNA, *Tomás de Aquino, Sobre el verbo*, Introducción, traducción y notas. Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2001.

⁶ He desarrollado más ampliamente este tema en: M.J. SOTO-BRUNA, *Elegidos antes de la creación del mundo. Verbo e imagen en la doctrina del Beato J. Escrivá de Balaguer sobre la persona humana*, en: AA.VV. (a cura di A. MALO), *La dignità della persona humana*, Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2003, pp. 21-41.

⁷ Tal como lo afirma en *Surco*, 417.

alegría, a luchar con espíritu deportivo. Su visión de las cosas estaba llena de esperanza y optimismo, con fundamento en la fe»⁸. Radicada, ciertamente, en la fe, la doctrina de Escrivá de Balaguer descansa en la seguridad de que la vida humana, en cualquier situación, posee un sentido divino que puede y ha de ser descubierto por el hombre que reconoce su dependencia del Creador⁹; reconocimiento que lleva a comprender que ningún quehacer humano es ajeno para Aquel que lo ha creado todo y llama a todo hacía Sí como a su fin.

En la línea apuntada, ha sostenido que Dios, al crear al hombre, le ha mostrado asimismo el camino a recorrer para responder a la llamada divina. Tal camino es su propia Verdad, la verdad de su Palabra: el Verbo encarnado, quien cumple perfectamente su ser imagen de Dios, siendo a la vez el modelo para la perfección a la que es requerido el ser humano¹⁰. Pues, en efecto, Dios ha creado al hombre para que sea y viva como hijo suyo. Un texto clave que inspiró la doctrina de San Josemaría es el de la *Carta a los Gálatas* 4,4-7: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo [...] para que recibiéramos la filiación adoptiva. Y la prueba de que sois Hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo que clama: ‘¡Abbá, Padre!’ De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo también heredero por voluntad de Dios».

Se ha comentado al respecto que: «El texto de la Carta a los Gálatas recién citado, y otros paralelos (*Rom* 8,23; *Ef* 2,7), en los que San Pablo une entre sí dos vocablos, “filiación” y “adopción”, que, en su mutua referencia, marcan a la vez la realidad de comunicación de vida divina y la libertad de la que esa comunicación brota, ofreció al respecto una clara fuente de inspiración».

«La filiación divina no es expresión o despliegue de virtualidades inmanentes a la naturaleza, sino don trascendente, que brota, sí, de

⁸ F. PONZ PIEDRAFITA, *La educación y el quehacer educativo en las enseñanzas de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: AA.VV., *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Eunsa, Pamplona 1976, p. 85.

⁹ *Conversaciones*, 114: «Hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de nosotros descubrir».

¹⁰ Para comprender y vivir esa verdad, se requiere una transparencia del alma: «Jesús es el camino. [...] Somos los hombres los que a veces no alcanzamos a descubrir su rostro, perennemente actual, porque miramos con ojos cansados o turbios», *Amigos de Dios*, 127. «Hemos de aprender de Él, de Jesús, nuestro único modelo», *Idem.*, 128; cfr. *Es Cristo que pasa*, 65.

Dios, pero no a modo de efluvio impersonal y necesario, sino como manifestación hondamente querida y supremamente libre del amor divino. Sólo que –y este es el momento culminante de la argumentación tomista (*Summa Theologiae* 3, q. 23, a. 1)– no se debe olvidar que el amor de Dios es creador; de ahí que la decisión divina de adoptar transforme al hombre, modificándolo y potenciándolo desde el interior, de modo que la comunicación de Dios, siendo absolutamente gratuita, no debida, resulta a la vez, en virtud del don de la gracia, connatural al hombre que la recibe»¹¹.

2. METAFÍSICA DE LA CREACIÓN Y DIGNIDAD DE LA PERSONA

En el ámbito, en efecto, de una metafísica cristiana de la creación, la obra entera de San Josemaría ha venido, no únicamente a recordar, sino a desentrañar el significado de la más profunda e íntima verdad sobre la persona humana. En sus palabras: «¿Qué verdad es esta, que inicia y consume en toda nuestra vida el camino de la libertad? [...] Saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre»¹². Pues, en efecto, tanto la creación a la que alude *Génesis* 1, 1, en el Antiguo Testamento, como el *principio* del que habla el Evangelio de San Juan, comportan la voluntad esencialmente libre y soberana de Dios. Esto es, que el despliegue del tiempo está subordinado a un designio que únicamente Dios es capaz de realizar, y ello no bajo la presión de una necesidad interior, sino gratuitamente: de esa elección personal y de esa gratuidad pende en su núcleo fundamental la dignidad de la naturaleza humana.

Sin duda alguna, estas consideraciones acerca de la persona humana no se hallan deducidas en las obras de San Josemaría a partir de una investigación teórica o de un pensamiento propio, sino «a la luz del carisma fundacional»¹³, donde la intencionalidad inmediata es

¹¹ J.L. ILLANES, *Filiación divina: Ontología y vivencia existencial*, en: AA.Vv., *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*. XX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 2000, pp. 540-541.

¹² *Amigos de Dios*, 26.

¹³ Para una aproximación al conocimiento de la persona de San Josemaría como

«más espiritual que teológica». No obstante, «es evidente que se pueden distinguir en ellas los elementos configuradores de un pensamiento teológico-espiritual nítidamente expresado y, en consecuencia, pueden establecerse las bases de su eventual sistematización»¹⁴. En este sentido, podemos afirmar que la visión de la persona que se desprende de sus textos se halla fundamentada en la consideración del designio creador de Dios en su Verbo y en la contemplación del misterio de la encarnación del Verbo eterno, de Cristo, en quien la verdad sobre el hombre se revela ejemplarmente al hombre mismo¹⁵; y es justamente la contemplación hecha vida de este misterio el centro de la doctrina de Escrivá de Balaguer: «Existe una realidad que salta a la vista en cuanto uno se acerca a la vida de Mons. Escrivá de Balaguer o entra en contacto con sus escritos: un sentido muy vivo de la presencia de Cristo»¹⁶. La verdad del hombre en Cristo anima en efecto su entera enseñanza acerca de la vocación divina de toda persona humana y el reconocimiento de que la respuesta a ese

Fundador: J. ORLANDIS, *Biografías de San Josemaría Escrivá de Balaguer. Reseña de las publicadas entre los años 1976 y 1995*, en: Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer. (Separata de *Anuario de Historia de la Iglesia*) 6 (1997) 675-684.

¹⁴ A. ARANDA, Introducción a: C. FABRO – S. GAROFALO – M.A. RASCHINI, *Santos en el mundo, Estudios sobre los escritos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1993 (2ª ed.), pp. 11-15.

¹⁵ Podemos recordar a este respecto –como se ha hecho ya en numerosas ocasiones– que San Josemaría Escrivá se adelantó a su tiempo, en el sentido de que muchas de las intuiciones inspiradoras de su mensaje se confirmaron durante el Concilio Vaticano II. Basta recordar, en el tema que nos ocupa, el siguiente texto: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual», Const. *Gaudium et spes*, n. 22. Como, posteriormente, ha venido a subrayar San Juan Pablo II: «En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia», JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 11. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 65.

¹⁶ J. RATZINGER, Mensaje inaugural del *Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, Roma, 12-14 de octubre de 1993, en: M. BELDA – J. ESCUDERO – J.L. ILLANES – P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., p. 30. Cfr. *Camino*, 584.

requerimiento divino se cumple a través de la vida ordinaria en este mundo¹⁷.

De este modo, para el ser humano, conocer las cosas verdaderamente significa conocerlas en su ser causado y, en última instancia, implica conocer su causa, impresa ya –según la ley de la analogía– en el ser mismo de las cosas; y grabada en el hombre a modo de imagen. La penetración en el sentido de esta tesis obliga sin duda a ir más allá de la analogía filosófica, para acceder a la analogía de la fe. Quiere decirse con ello que la presencia de la verdad creadora en las cosas y la comprensión de la persona humana como *ad imaginem Dei* remiten necesariamente al ámbito teológico¹⁸. Este último esclarece que el conocimiento fundante de la verdad a la que el hombre puede acceder es –insisto, en el contexto de una teología de la creación–, precisamente, el que Dios posee en su Verbo de todas las cosas¹⁹, una vez admitida la dotación cognoscitiva que posee el hombre como criatura racional. El Verbo es aquí, en el cristianismo, la Palabra eterna con la que Dios ha creado todas las cosas, que se ha manifestado a los hombres en su encarnación, mostrando la verdad de Dios²⁰. En esta perspectiva, la persona humana aparece como a imagen del que es imagen perfecta, el Verbo, y cuya encarnación constituye para él como la luz de una verdad que guía su movimiento hacia la perfección: se trata de una antropología fundada en una teología,

¹⁷ «Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino», *Es Cristo que pasa*, 14. Y, sobre todo, es la muerte de Cristo lo que revela definitivamente la grandeza del hombre y del mundo: «Jesús en la Cruz, con el corazón traspasado de Amor por los hombres, es una respuesta elocuente –sobran las palabras– a la pregunta por el valor de las cosas y de las personas», *Es Cristo que pasa*, 165.

¹⁸ Cfr. En este punto, la relación entre la analogía del ente y la analogía de la fe, en: J.M. ROVIRA BELLOSO, *La Teología del Padre*, en: "Scripta Theologica" 20 (1988/2-3) 508-512.

¹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 34, a. 3, sol.: «Dios con un solo acto se conoce y lo conoce todo, su Verbo es expresivo no sólo del Padre, sino de toda criatura. Y así como la ciencia de Dios con respecto a Dios es sólo cognoscitiva; y con respecto a las criaturas es cognoscitiva y efectiva, así también el Verbo de Dios con respecto a Dios Padre, es sólo expresivo, y con respecto a las criaturas es expresivo y operativo». Puede decirse con ello que la doctrina tomista del Verbo, además de responder al tema propiamente teológico de la Trinidad, ofrece una respuesta racional a la cuestión del origen de la criatura.

²⁰ Cfr. A. MARCHESI, *Dal 'Lógos' greco al 'Lógos' cristiano*, Zara, Parma 1984, p. 83; asimismo *Jn* 1,18; 8,54-58; 12,44-50; 17,1-25.

para la que la imagen del Verbo es sin duda el modelo principal en el cual puede el hombre mirarse y a su través perfeccionarse²¹.

Puede hablarse entonces en San Josemaría de una teología cristocéntrica fundante, la cual desemboca en una antropología de la imagen²², en la que la verdad del hombre se halla configurada desde la eternidad, en el designio de Dios en su Verbo. Tal me parece el sentido de la reflexión sobre *Eph I, 4* que se halla a la base de los textos del santo sobre la vocación del hombre, donde el apóstol Pablo declara que el «Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo», «en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos»²³. La cita revela con claridad un designio certero de Dios para el hombre, un designio eterno, sapiente y personal. Así, lo que es el hombre se halla configurado en su verdad antes incluso de la creación, en el *Lógos* eterno del Creador. Por ese motivo, desvelar la verdad sobre el ser humano supone remontarse al designio de Dios en su Verbo. A este respecto, San Josemaría, siguiendo la inspiración paulina, ha querido llamar la atención, por un lado, sobre la condición de creado que posee el ser personal humano y, a partir de aquí, ha resaltado el alcance eterno que posee la llamada que Dios hace al hombre; si la persona, por la gracia, responde al divino requerimiento, es reconducida a ser «hijo en el Hijo»²⁴: sobre la dimensión de eternidad que posee la llamada que Dios hace al hombre mediante la creación: «Tu y yo –ha escrito– somos hijos de Dios [. . .], escogidos por la llamada divina desde toda la eternidad: ‘nos eligió el Padre, por

²¹ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 35, a. 2; U. DEGL'INNOCENTI, *Il problema della persona nel pensiero di S. Tommaso*, Lateranense, Roma 1967; E. REINHARDT, *La dignidad del hombre en cuanto imagen de Dios*, Eunsa, Pamplona 2005.

²² Véase la explicación de esta idea, a propósito de las enseñanzas de San Juan Pablo II, en: J.L. ILLANES, *Antropocentrismo y Teocentrismo en la enseñanza de Juan Pablo II*, en: "Scripta Theologica" 20 (1988/2-3) 643-665; p. 653: «La cristología puede y debe prolongarse en una antropología». Cfr. Asimismo: L.F. MATEO-SECO, *Cristo, Redentor del hombre* (Análisis de la cristología contenida en la 'trilogía trinitaria' de Juan Pablo II), "Scripta Theologica" 20 (1988/ 2-3) 523-549; p. 523: «El teólogo descubre aquí un magnífico ejemplo de cómo se unen armónicamente teocentrismo y antropocentrismo». Y en San Josemaría, la idea de que su concepción antropológica es el punto de llegada de su visión cristológica previa: A. ARANDA, *El cristiano, alter Christus, ipse Christus en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en M. BELDA – J. ESCUDERO – J.L. ILLANES – P. O'CALLAGHAN (eds.), *Santidad y mundo*, cit., pp. 157-161.

²³ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 1-3; *Amigos de Dios*, 2.

²⁴ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I, q. 41, a.3, c.

Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia' (*Ef 1,4*)»²⁵. La dignidad humana se funda entonces en su condición creatural.

El existir humano queda definitivamente iluminado desde ese designio, que es de amor, concretado y expresado en el *Lógos* divino; como se ha escrito, «es un designio que se hace más y más concreto, ya que el *Lógos* de Dios toma la figura del hombre Cristo Jesús. Por eso podemos decir con Tomás de Aquino: 'En el Padre estaba el Hijo'. En el principio existía la Palabra como designio sapiente y lleno de amor del Padre. Esta es la suprema razón por la que siempre y en todo momento podemos decir: *no estamos solos*. [...] Somos hijos en el ámbito de la comprensión del Logos-Hijo»²⁶. Esta verdad de la filiación divina del hombre en el Verbo y su clarificación a través de la encarnación constituye sin duda el núcleo de la doctrina de San Josemaría Escrivá de Balaguer sobre el ser de la persona humana y de su vocación de eternidad a través de su camino en el mundo: «Mons. Escrivá hace constantemente hincapié en esa dignidad del hombre, según su naturaleza, y ve ahí el fundamento en el que se apoya y se desarrolla la llamada divina al seguimiento de Cristo»²⁷.

3. ELECCIÓN Y LLAMADA POR PARTE DE DIOS

*Elegit nos in ipso ante mundo constitutionem ut essemus sancti*²⁸. Ciertamente, Dios, antes de la constitución del mundo, ha pensado –en su Verbo eterno– en el hombre; lo ha llamado –a través de su Palabra creadora– a una finalidad muy determinada, la santidad. El «objetivo de la elección divina» es *ut essemus sancti*, «la santidad personal»²⁹. Además,

²⁵ *Amigos de Dios*, 160.

²⁶ J.M. ROVIRA BELLOSO, *La Teología del Padre*, cit., p. 501. La cita de Tomás de Aquino se refiere a: *Super Evangelium sancti Ioannis Lectura*, I, 1.

²⁷ G. ARANDA, *Gen. 1-3 en las homilias del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en: "Scripta Theologica", 24/3 (1992) 908.

²⁸ *Ef I, 4*.

²⁹ *Es Cristo que pasa*, 3. De un modo preciso, esa llamada a la santidad significa que «hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres», *Es Cristo que pasa*, 133.

ha mostrado a todo hombre el camino para cumplir esa apelación creadora a través de la encarnación del Verbo, de tal modo que a su luz se revela a la persona humana la verdad de su existencia. «Vosotros y yo –escribía San Josemaría– formamos parte de la familia de Cristo, porque ‘Él mismo nos escogió antes de la creación del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por la caridad, habiéndonos predestinado como hijos adoptivos por Jesucristo, a gloria suya, por puro efecto de su buena voluntad’ (Ef 1,4-5). Esta elección gratuita, que hemos recibido del Señor, nos marca un fin bien determinado: la santidad personal, como nos lo repite insistentemente San Pablo: *haec est voluntas Dei: sanctificatio vestra* (1 Ts 4,3), ésta es la Voluntad de Dios: vuestra santificación. No lo olvidemos, por tanto: estamos en el redil del Maestro, para conquistar esa cima»³⁰. O, como se ha comentado al respecto: «Es la encarnación del Verbo, su vida y su muerte redentoras. Toda la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer viene de la contemplación de este Misterio Central de la Fe»³¹.

Ciertamente, la contemplación del misterio de la fe insta a su vez al ser humano a ahondar en su contenido; no con el fin de racionalizar lo que no se deja reducir a la lógica de nuestro discurso, sino con la finalidad de hacerlo vida en la vida racional humana: «Necesitamos aceptar el misterio por la fe y, también por la fe, ahondar en su contenido. Para esto nos hacen faltas las disposiciones humildes del alma cristiana: no querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que ese misterio, en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres»³².

4. ACTUAR A LA LUZ DE LA VERDAD

Esta consideración adquiere un relieve especial, novedoso, en la obra del santo; pues, llevando a caminos de contemplación, anima a la vez a un empeñado esfuerzo por conducir los propios actos de acuerdo con esa condición original del ser humano como hijo de Dios. Y, en consecuencia,

³⁰ *Amigos de Dios*, 2. Cfr. *Es Cristo que pasa*, 1-3.

³¹ L. POLO, *El concepto de vida en Mons. Escrivá de Balaguer*, en: “Anuario Filosófico” 18 (1985/2) p. 23.

³² *Es Cristo que pasa*, 13.

obliga a poner una esmerada atención en este mundo, en esta tierra, que es tanto lugar o espacio del hacer, como camino para lograr el fin al que desde el origen está llamada la persona.

A la luz de la revelación, ha enseñado entonces que este mundo, en el que la persona humana se inserta, interpreta y actúa, no es una suerte de paraje inhóspito, abandonado por un Dios lejano, en el que el hombre hubiera de construirse un lugar de defensa o un ámbito de dominio; en el que, arrojado bruscamente en él, hubiera de hallar un espacio digno a su condición, para entonces lograr la ardua tarea de la conquista de sí mismo. Al contrario, ha proclamado que es necesario que el ser humano, con su inteligencia y con su voluntad libre, devuelva a la tierra su significación más profunda, aquella que posee por su condición creatural: «Necesita nuestra época devolver –a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares– su noble y original sentido»³³. Y en esta fragua del vivir cotidiano se gesta, junto con las demás virtudes, la serenidad de la persona que reconoce su fin, porque sabe que la luz habita también entre las sombras de la materia.

El original sentido de las cosas es entonces devuelto cuando se recupera la fe en la creación, y entonces la razón se lanza a la búsqueda de una penetración especulativa en el misterio; esto es, que «el mundo ha salido de las manos de Dios» y que «Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza»³⁴. El hombre redescubre entonces en sí mismo la huella de la predilección divina en su condición de imagen y en la libertad de su obrar; lo que constituye el fundamento de su dignidad: «La fe cristiana, [...] nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos, y podemos –con la gracia del Cielo– construir nuestro destino eterno»³⁵. Pues es precisamente al hombre, dotado de razón y libertad, a quien le pertenece la esencial tarea de expresar ese «esplendor de la verdad» que «brilla en todas las obras del Creador»³⁶; y entonces «hacer de la

³³ *Conversaciones*, 114.

³⁴ *Es Cristo que pasa*, 10; *Gen*, 1, 26.

³⁵ *Es Cristo que pasa*, 99.

³⁶ JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, Saludo.

creación un hogar humano: un ámbito de encuentro con Dios»³⁷. En esta religación de la persona humana a su fin es precisamente donde ha de situarse la comprensión de la acción humana en el mundo; y es además el enclave en el que han de situarse sus reflexiones sobre las virtudes humanas como medio para alcanzar la perfección a la que está llamada la persona humana antes incluso del *exitus* que supone la *creatio ad extra*³⁸. Se trata esta de una consideración teológica, en la que culmina la doctrina acerca de la *creatio ex nihilo*. En este sentido, la reflexión sobre la Teología de la creación conduce a una comprensión especulativa sobre la elección divina; podemos expresar esta idea con las siguientes palabras: «La naturaleza humana posee en sí misma una consistencia y una dignidad creatural. Sin embargo, el último *porqué* de su efectiva creación por parte de Dios está más allá de sí misma: Dios nos ha creado, porque ha querido, para darnos gratuitamente una dignidad superior, estrictamente sobrenatural: ser hijos suyos, alcanzar la felicidad de ser *domestici Dei*, de su familia»³⁹.

En la doctrina de Mons. Escrivá, adquirir la «medida divina» de las cosas significa, en última instancia, la plena realización del hombre por la verdad⁴⁰; donde esa verdad apunta, propiamente, a la apertura a Dios⁴¹. Apertura que es posible –y en esto hace especialmente hincapié el mensaje de San Josemaría– desde el momento en que se considera que la verdad misma, el Verbo eterno del Padre, se ha encarnado en el tiempo; de manera que el propio Dios ha propuesto a la vida humana el paradigma de su Hijo, de su Palabra eterna, para –precisamente– «restablecer la divina concordia de todo lo creado»⁴², para –dicho una

³⁷ A. ARANDA, *Perfiles teológicos de la espiritualidad del Opus Dei*, en: “Scripta Theologica”, 22 (1990/1) p. 104.

³⁸ «Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem ut essemus sancti», *Eph. I,4*; citado y comentado en *Amigos de Dios*, 2.

³⁹ F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, cit., p. 517, comentando *Ef 2,19*.

⁴⁰ Sobre la noción de “lo divino” como “medida” en el pensamiento medieval: J. MCEVOY, “The Divine as the Measure of being in Platonic and Scholastic Thought”, *Studies in Medieval Philosophy*, Washington 1986, pp. 85-116; y el comentario a este tema en Tomás de Aquino: A. RAMOS, *Aquinas on Measure (pro manuscripto)*, a quien agradezco sus referencias al respecto.

⁴¹ Cfr. J.L. ILLANES, *Antropocentrismo y teocentrismo en la enseñanza de Juan Pablo II*, cit., p. 658.

⁴² *Es Cristo que pasa*, 65. «Por eso os repito hoy con San Juan: ‘Ved qué amor hacia

vez más— procurar «detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares»⁴³.

«Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»⁴⁴. La luz del Verbo encarnado es aquí el foco que ilumina la comprensión de la dignidad de la persona humana, de su finalidad y vocación originaria, y de su libre ser en el mundo, doctrina que sigue siendo iluminada con renovada actualidad⁴⁵.

nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto' (1 Jn 3,1). Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne», *Es Cristo que pasa*, 66.

⁴³ *Conversaciones*, 119.

⁴⁴ *Es Cristo que pasa*, 20. Para una profundización en ese asunto pueden ser consultados los siguientes estudios: F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL – P. BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Palabra, Madrid 1995; A. ARANDA, *El cristiano, alter Christus, ipse Christus en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit.

⁴⁵ Cfr. M.J. SOTO-BRUNA, *Libertad y filiación divina: La herencia de Mons. Álvaro del Portillo*, en: P. GEFAELL (a cura di), *Vir fidelis multum laudatur. Nel centenario di Mons Álvaro del Portillo*, Edusc, Roma 2014, pp. 425-445.